



Platicabulo, House of Writers

Free Expression Workshop

FEW-200400000000304

Kosmialand

Recordanzas



**Historias sin
"historia",**

**Recordanzas de
vivencias plenas de
sazón y coloratura en
la edad definitiva de
la razonitud.**

**Parlanzas amenas y
pausadas sobre
vivencias amables y
duras sobrevivencias,
en tiempos
turbulentos de la
"historia grande".**

El término "vieja" tiene, al menos en buena parte de Latinoamérica, un tono coloquial que va mucho más allá de la expresión de la mera dimensión calendárica que la palabra quiere sugerir, para asumir más bien la acepción de camarada, compañera, madre o esposa. Por sobre todas las cosas se dice, en ciertos lugares, "mi vieja" a la propia progenitora, ante la imposibilidad semántica de decir "mi madre", que por otra parte suena perfectamente normal e inofensivo en otras latitudes. Como quiera que para much(a)os, el término vieja podría resultar ofensivo, quisiera aclarar que cuando aquí hablamos de viejas pretendemos usar el término en el tono amable y cariñoso del léxico popular Mexicano, Venezolano, Argentino... no precisamente en el colorido argot de los nacos y los habituales corifeos de los consuetudinarios corros de cantina. Ciertamente, en muchos aspectos es preferible el término "doña", del Doña Bárbara galleguiano, aplicado a esas viejas de verdad (en edad interesante) que cargan su tiempo con dignidad y gallardía, y cuyas historias inéditas están llenas de sabor, de sentimiento, a veces también de tristeza y nostalgia. Las personas jóvenes, sean mujeres u hombres, casi no tienen historias, simplemente porque apenas han sido, y no han permanecido lo suficiente para acumularlas.

La historia personal es la hoja contable del costal de vivencias que todos arrastramos, unas veces como un lastre acogojante y otras como un bálsamo dignificante. En cuanto a la historia "oficial", la "historia grande" que los libros nos cuentan, suele estar viciada y ser por tanto irrita de autenticidad, porque solo refleja la percepción a veces distorsionada, a veces interesada y siempre tergiversada e inexacta de los "historiadores" desde la óptica del lado "vencedor" en las luchas, generalmente cruentas y traumáticas, entre grupos con ansias de dominio y predominio. En cualquier caso, por muy objetiva que pretenda ser la historia, su relato siempre será limitado, ya que recoge el recuento de los caídos y el cuento de los sobrevivientes ganadores, así como la versión de los hacedores de la guerra lejos del "campo de batalla", o las historias dichas por los evangelistas asalariados, que las maquillan en honor de los poderosos, los verdaderos "ganadores", si es que alguien puede serlo, beneficiarios del despojo, como carroñeros brutales, de las ruinas de mundos ajenos derrumbados.

Las historias verdaderas subyacen y se pierden sin remedio con la memoria vivencial perdida de los y las actores extintos, y sobre todo de las y los testigos silenciosos, que sufrieron los efectos de las dolorosas guerras totales y las angustiosas paces a medias, que con frecuencia resultan en más dolor y sufrimiento para aquellos a quienes la guerra pretende redimir o defender. Se considera a las guerras como eventos pasajeros y de duración limitada, pero esto no es más que un decir vacío, ya que, para muchos, muchísimos, la condición de guerra es endémica, si entendemos que guerra significa lucha, y vida, en muchas regiones de este alocado planeta Tierra, expresa lucha diaria, lucha momento a momento, lucha contra la inseguridad para la vida y el bienestar, lucha contra enemigos de toda índole, entre los que el hambre no es precisamente uno pequeño, no digamos la enfermedad. Por razones harto conocidas, que no viene al caso discutir aquí, la historia siempre ha sido cosa de hombres, y las historias de mujeres protagonistas solían pasar por la historia solo como anécdotas exóticas, como personajes de relleno, o como comparsa de los héroes varones. La omisión ha sido tan evidente que en los anales, donde se registraron las famas de los prohombres valerosos o validotes, solían anotar el nombre y la profesión del padre patrón, pero la progenitora pasa totalmente en blanco, como si no hubiera tenido absolutamente arte o parte en la crianza y la formación del ilustre o deslustrado personaje subido precariamente en el candelero de la fama. Sus verdaderas historias no suelen ver la luz, así que, hacen falta pues "Historias de viejas", "recordanzas" o "parlanzas", no como cuento vulgar, sino como reflejo del punto de vista ignorado y válido de la sutil mitad incógnita de la humanidad. Platicabulo proclama entonces guerra sin cuartel, guerra con palabras, guerra por la vida, contra la usura de enajenadores de la historia que nos priva de las historias de mundos amenos.

Iacobus Parvus

D.R.© Platicabulo

Septiembre 25, 2004

Ser Mejor para servir mejor



www.platicabulo.com